

Lenguaje, poder y vida. Intervenciones filosóficas

SAMUEL CABANCHIK (COMP.) (2010).
Buenos Aires, Grama, 306 pp.



Luciano Carniglia

Universidad de Buenos Aires

Desde sus orígenes la filosofía encontró en el diálogo uno de sus pilares fundamentales. Los trece artículos que integran *Lenguaje, poder y vida. Intervenciones filosóficas* honran, a su modo, tan venerable tradición. Publicado en el año 2010 por la editorial Grama en la Serie Filosofía, la obra surge del trabajo conjunto llevado adelante en el marco de uno de los proyectos de investigación de la Universidad de Buenos Aires coordinado por quien, además, es el compilador y autor de uno de los ensayos del libro, el Dr. Samuel Cabanchik.

En sus más de trescientas páginas las referencias a Wittgenstein o Heidegger como, así también, a Foucault, Agamben, Schmitt, Sartre, Freud, Lacan, Althusser, James, Davidson, Deleuze o Bergson, entre otros, constituyen una fuente inagotable de inspiración para las reflexiones de los autores, sin por ello tratarse de exégesis de sus posiciones sino de valerse de algunas de sus observaciones para encontrar elucidaciones adecuadas de los problemas en juego. Así, conceptos como los de normatividad, comunidad, mundo y biopolítica o los de lenguaje, poder y vida, hilvanan en cada uno de los trabajos la trama conceptual que anima toda la obra dando lugar a interrogantes acerca del estatuto y el rol del discurso filosófico, los nexos entre política y filosofía, las relaciones entre norma y excepción, el problema del límite entre el hombre y el animal, los vínculos entre normatividad y comunidad o lo que significa constituirse en ser hablante.

Precisamente, el primer capítulo del libro lleva por título una pregunta: “¿Cómo se preserva una comunidad política?”. Según su autor, Alejandro Boverio, dicho interrogante constituye una constante dentro del pensamiento filosófico político tanto para los que buscan preservar la comunidad existente como para aquellos que intentan desajustar sus modos de preservación en la medida en que éstos atenten contra su libertad. Boverio realiza una lectura de la historia de la filosofía identificando los hitos más relevantes del tratamiento del problema en términos del pasaje o integración de la multiplicidad en una unidad política. En clara discrepancia con los que buscan atribuirle un origen mítico, sostendrá que la unidad

política es una construcción necesariamente histórica para concluir que ésta es la tarea que debe asumir la filosofía política hoy.

Ahondando en el concepto de normatividad política, Mónica Cabrera en “La norma y la excepción” parte de un cuidadoso estudio crítico de la noción de “estado de excepción” recientemente reelaborada por Giorgio Agamben. Según la autora, éste no logra distinguir dos aspectos de su propio diagnóstico. Por un lado, la preponderancia de la excepción frente a la norma como hecho histórico del siglo XX; por el otro, la ampliación conceptual del campo semántico de la excepcionalidad hasta identificar al Estado con la criminalidad cuyo corolario sería la indistinción entre democracia y absolutismo. Por ello, al preguntarse, a modo de cierre, por el lugar de la acción política, Cabrera concluye que la propuesta agambeniana de apostar por la desarticulación o desconexión de aquello que en el hombre ha sido pensado en conjunción, como el lenguaje y la vida, para pasar a pensar el misterio práctico y político de su separación, no asume las condiciones reales de una praxis política responsable, esto es, la dimensión histórica y estratégica de cada lucha precisa.

En un cruce enriquecedor entre psicoanálisis y filosofía Eleonora D’Alvia pone en diálogo en “Un mito contemporáneo para pensar la cuestión de la ley” los análisis de Freud y Lacan con *Communitas* de Roberto Esposito en su referencia cruzada al mito del asesinato del padre de la horda primitiva para pensar acerca del origen de la cultura y sus instituciones. Solo a través del mito, sostiene la autora, puede alcanzarse ese real imposible de conocer para el pensamiento por situarse en el origen del pensamiento mismo.

En su artículo “Nuda vida y vida soberana. De la exclusión de la animalidad a la apertura a su enigma” Eduardo Bianchini indaga la confluencia entre Bataille y Agamben en torno al problema del límite entre humanidad y animalidad. Dicho límite, observa Bianchini, solo puede atestarse en la experiencia del hombre mismo bajo la forma de una tensión entre lo humano en él y aquello en que no puede reconocerse

como tal, lo animal. Tal tensión, adopta en nuestro presente la forma histórica de una post-historia en la que la vida animal del hombre deviene objeto de manipulación técnica y su política una biopolítica. No obstante, en tal condición, argumentará Bianchini en su lectura de ambos filósofos, reside la posibilidad de una nueva comprensión ontológica del hombre en tanto ser viviente.

Pedro Karczmarczyk en “Ideología y análisis del lenguaje”, traza un análisis comparativo, poco frecuentado, entre las críticas de Althusser al concepto de ideología y las del Wittgenstein de *Investigaciones filosóficas* a la denominada “concepción mentalista clásica”, esto es, aquella comprometida con la existencia de un dominio con relevancia normativa y explicativa respecto de las conductas lingüísticas y no lingüísticas. Según Karczmarczyk, la analogía entre ambos filósofos se justifica en tanto permite percibir consecuencias inesperadas de sus posturas. Por un lado, refuerza con argumentos detallados elementos centrales de la perspectiva althusseriana. Por el otro, permite entrever, en Wittgenstein, las consecuencias políticas de sus análisis.

Los dos capítulos siguientes incursionan en el pensamiento de Gilles Deleuze y Felix Guattari. En “De la comunicación a la cohabitación” Axel Cherniavsky parte de la consideración de la lengua, por parte de los autores de *Mil Mesetas*, como un sistema en constante variación al punto de admitir, en su seno, la constitución de otra lengua. Pero si la lengua es un instrumento de configuración de lo real, interroga el autor, ¿en qué sentido puede decirse que dos hablantes comparten un mismo mundo? De este modo, el problema de la comunicación se transforma, según Cherniavsky, en un problema previo, el de la cohabitación. Indagar su solución conducirá al autor a preguntarse ¿en qué medida es posible una cohabitación? y ¿cómo puede lograrse, cómo se aprende otra lengua?

Por su parte, Marcelo Antonelli, retoma el diagnóstico deleuziano de nuestra contemporaneidad en términos de una “pérdida del mundo” en “Pérdida del mundo y conversión empirista”. Dicha caracterización surge como correlato de los estudios deleuzianos sobre el cine en los que se explican las transformaciones en el régimen de las imágenes, esto es, el pasaje de la imagen-movimiento a la imagen-tiempo. Pero, perder el mundo, nos dirá el autor, conduce a dejar de creer en aquello que nos sucede; devenir incapaces de actuar para modificar una situación. Antonelli sostendrá que a través de las nociones de “creencia en este mundo” y “conversión empirista” Deleuze elabora una respuesta al

nihilismo dominante convocándonos a la construcción de una ética y a la creación de nuevos modos de existencia y maneras inéditas de ser.

En un giro hacia los orígenes del pragmatismo, Paula Rossi cuestiona, en “¿Es fácil hacer lo correcto? Reflexiones en torno a la normatividad pragmatista”, aquellas lecturas superficiales de la obra de William James que señalan como su pragmatismo hundiría al hombre en un profundo relativismo. Por el contrario, Rossi sostendrá que es posible encontrar en el pensamiento del filósofo norteamericano una noción de normatividad que apela a lo más profundo de la subjetividad humana y que es inescindible, al mismo tiempo, de las prácticas comunitarias al punto de que no hay normatividad sin comunidad, estableciendo entre la esfera individual y la social una viva y mutua interacción.

“Intersubjetividad, mundo y percepción” focaliza en el pensamiento de Donald Davidson. Su autor, Daniel Kalpokas, critica su teoría de la triangulación. Mientras que para Davidson la triangulación constituye una condición necesaria del pensamiento y del lenguaje que puede existir independientemente de éstos y, por lo tanto, precederlos, Kalpokas mostrará que las criaturas no pueden realizar dicha forma de interacción sin la apelación a alguna clase de signos o la posesión de estados cognitivos. Como consecuencia, concluirá el autor, la percepción y las capacidades cognitivas juegan un rol esencial en la constitución de la intersubjetividad y del contenido de los pensamientos.

En la estela del pensamiento wittgensteiniano, Glenda Satne examina, en “Comunidad, individuo y lenguaje: hacia una elucidación de la normatividad”, distintas concepciones del lenguaje no privatistas buscando entender el ser comunitario en base a la comprensión de lo que significa ser un sujeto hablante. Para ello desarrolla la idea de “sensibilidad a la corrección”, esto es, el ser sensible en mi autointerpretación a la interpretación del otro, o la capacidad de ser afectado por la interpretación del otro como un rasgo crucial de la interacción social previa a toda idea de comunidad. En esta dinámica de reconocimiento mutuo, afirma la autora, radica la posibilidad de ser miembro de una comunidad.

En “Verdad y libertad: deficiencias del nuevo humanismo” Martín Ahualli parte de la reconstrucción de la crítica heideggeriana a la historia de la metafísica centrada en la noción de verdad y en las omisiones de la tradición al vínculo intrínseco entre verdad y libertad. Buscará, en primer lugar, hacer patente como Heidegger direcciona su crítica hacia el enfoque pragmático subyacente a la historia de la metafísica. Su revisión

de dicha historia, sostiene Ahualli, ha de entenderse como una crítica y superación del pragmatismo. En segundo lugar, intentará caracterizar adecuadamente el vínculo entre verdad y libertad sugerido por Heidegger señalando, no obstante, algunos obstáculos para dicha tarea implícitos en su propia obra.

Confluyen en el artículo de Bernardo Aibinder, “El nombre del lenguaje. La fenomenología del límite y la posibilidad de una filosofía trascendental”, las reflexiones de Wittgenstein y Heidegger sobre el lenguaje. Si la filosofía contemporánea puede entenderse como respuesta a una problemática inaugurada por el pensamiento trascendental kantiano, a saber, la de la diferencia trascendental, Aibinder sostendrá que, en ambos autores, dicha diferencia es abierta a partir de una reflexión acerca de la tensión que atraviesa el lenguaje o, en términos wittgensteinianos, acerca de la diferencia entre nombre y proposición. Tensión que, en el origen del pensamiento, ha dado lugar a la metafísica. Por ello, su tesis será que si la época contemporánea se ufana de ser aquella signada por la superación de la metafísica, una lectura atenta del *Tractatus* muestra la imposibilidad de dicha empresa al tiempo que permite comprender lo que la metafísica entraña de un modo renovado e identificar así un espacio habitable para el filósofo.

En el último ensayo del libro, “Lenguaje, vida y valor”, Samuel Cabanchik desarrolla una original elucidación de lo que implica para “una vida” transformarse en

“ser hablante”. Su análisis parte de la constatación de la cesura del ser vivo respecto de esa vida previa a su adquisición del lenguaje para analizarla a partir de la lógica del “como no” (*hos me*) agambeniano. El ser hablante vive su vida como no viviéndola; vive, sostiene Cabanchik, como no siendo el ser viviente que fue y, por ello y a pesar de ello, sigue siendo. Separado de su vida puede referirse a sí mismo y al mundo en que se encuentra valorando su condición y siendo valorado. Para concluir, el trabajo sostiene que la vida humana es una vida expuesta al lenguaje, abierta a su condición mortal, al régimen del deseo y de las pasiones, lo que a la vez le permite la compensación imaginaria del valor.

Si bien nos hallamos ante un trabajo colectivo concebido desde perspectivas diversas y que hace énfasis en distintas tradiciones, resalta, a lo largo de toda la obra, el intento por abrir un diálogo entre autores y problemas que habitualmente suelen ser abordados desde la parcialidad y la estrechez de una determinada corriente o escuela filosófica. Pues es, justamente, en el encuentro entre una pluralidad de perspectivas que empieza a gestarse algo que los autores consideran como uno de sus objetivos más buscados: generar comunidad de pensamiento. Así lo expresa Cabanchik en su introducción a la obra: “comunicar nuestras ideas para ampliar la comunidad envuelta en el movimiento del pensar, que pueda reconocerse en un nosotros, no menos político que filosófico” (p. 10). Objetivo que, a nuestro juicio, ha sido logrado.

Tempos da Metafísica

GUADALUPE DOS SANTOS, MAGDA Y DE OLIVEIRA IBRAIM, VÍTOR (COMPS.) (2011).
Belo Horizonte, Tessitura, 285 pp.



Andrés Fortunato

Universidad de Buenos Aires

Si es cierto que todo intento de formular un discurso que se sitúe completamente por fuera del influjo de conceptos metafísicos no ha sido más que la inversión de una metafísica y, a su vez, toda inversión de una metafísica es metafísica o, por lo menos, no puede dejar de estar determinada por su contrapuesto, entonces, se puede decir que es imposible un pensamiento que no remita, en última instancia, a ella. Siguiendo esta línea, es inconducente pensar el concepto de posmodernidad sin insertarlo en un marco metafísico, por más ruptura que se quiera operar respecto de su pasado. O, dicho de otro modo, hay una metafísica

propia de los tiempos post-metafísicos. Esta tensión entre la particularidad del presente y la universalidad de la metafísica recorre todos los artículos del libro *Tempos da Metafísica*, compilados por Magda Guadalupe dos Santos e Ibraim Vítor de Oliveira y escritos por profesores de la Pontificia Universidade Católica de Minas Gerais. Renunciando a la idea de que los tiempos que corren carecen por completo de sentido metafísico, los autores proponen analizar la especificidad de la metafísica del presente. Las investigaciones que lo componen tienen en común la tesis de que ésta conlleva una novedad respecto de su modo de darse